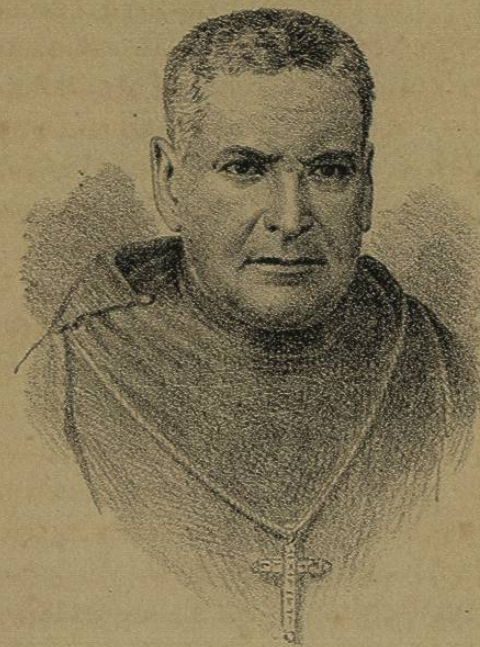


premieros: pero así lo maten esa clase privilegiada  
de nuestra sociedad que le dedicamos nuestros  
hijos a quienes con las pocas disciplinas de que  
se instruyen y pocas inteligencias  
Soldados de la civilización en una época de con-  
fusa y de constante lucha con un siglo descrito, es  
mejor el que nos ha tocado en suerte vivir bien que  
ver en esos estorvos rampantes de la religión cató-  
lica las ligaduras con que se hallan las almas en  
estas desastrosas épocas.  
Después de lo que nos proponemos al escribir la his-  
toria del Arzobispo.  
Quiza a veces se nos oiga el objeto de la crítica de  
los grandes caracteres de la causa cristiana: pero esta  
comparación no nos desalienta, porque bien es ve-  
rdad que en los todos ejemplos de este siglo que  
demonstran el triunfo de la causa siempre de parte de  
los defensores de la Iglesia porque Cristo lo ha de-  
terminado para siempre de los defensores de la  
Iglesia del mundo en presencia de esta



ILMO. SR. DR. D. PROSPERO MARIA ALARCON,  
ARZOBISPO DE MÉXICO.

---

ILMO. SR. DR.

**DON PRÓSPERO MARÍA ALARCON**

ARZOBISPO DE MEXICO

---

Las sombras de la noche del 4 de Febrero de 1891 cayeron sobre la hermosa República de México, como un denso y enlutado velo sobre el púdico rostro de una vírgen. Aquellas tinieblas, dilatándose por el espacio, ennegreciendo lentamente los últimos celajes del crepúsculo, traían una misión, más horrible que la de convocar á la Creación al rezo y al descanso y hundir en el Oeste al rubicundo Febo: esa misión era la de recoger el último aliento de un anciano venerable, que agobiado por sus enfermedades, despues de haber consagrado los mejores años de su existencia al servicio de Dios y de su Iglesia, esperaba tranquilo, como el Santo Job de quien tanto nos habla la Escritura, el instante en que el Sér Supre-

mo le despojara del báculo episcopal y le llamara á su excelso Trono de Omnipotencia y de Misericordia.

Apénas la noche habia imperado, el Ilmo. Sr. Arzobispo de México, el Dr. D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, que tanto habia luchado por la Iglesia, salvándola de sus enemigos, y procurando todo bien para sus diocesanos, triunfaba de la muerte, y su espíritu, purificado con el óleo purísimo de la religión, abandonaba sin resistencia ni esfuerzo alguno la carne miserable que por tantos años lo encerrara.

Toda la sociedad de México se consternó ante la noticia del fallecimiento de Monseñor Labastida, acaecido en la hacienda de Oacalco, y la Iglesia mexicana, cubriéndose con la toca de la viudedad, aún llora y llorará amargamente á tan insigne Prelado.

Necesario era que el Cabildo Metropolitano tuviese un Presbítero á quien confiar interinamente, si quiera fuese el gobierno eclesiástico. El Sr. Dr. Alarcón, que como veremos despues, supo hacer una brillante carrera y habia llegado á ser el Dean de la Catedral por la muerte del Sr. Primo de Rivera, fué nombrado Vicario Capitular de la Sagrada Mitra, como Sede vacante, cargo que nadie hubiera desempeñado con más celo y actividad que nuestro ilustre biografiado, porque reúne á un talento nada vulgar una prudencia y un acierto admirables.

Si el aspecto adusto que presenta la fisonomía del que hoy rige los destinos eclesiásticos de México, no inspira ánimo para ser comunicativo con él, es debido á su carácter siempre serio, siempre retraido como

todos los hombres que piensan y que observan; pero en su trato el Ilmo. Sr. Alarcón es afable y comedido, oye con calma todo lo que se le expone y está siempre dispuesto á servir á todo el que lo solicite. Formado el Ilmo. Sr. Alarcón en esa escuela de sufrimientos y amarguras que proporciona la orfandad, pues quedó sin padres desde muy niño, sabe apreciar en lo que valen las penas de sus semejantes y se apresura á tender una mano caritativa al que sufre, procurando llevar el consuelo á todas partes.

El Ilmo. Sr. Dr. D. Próspero María Alarcón nació en Lerma, Distrito que pertenece al Estado de México, el día 20 de Julio de 1828, siendo sus padres la Sra. D.<sup>ca</sup> Magdalena Sanchez de la Barquera y Don Francisco Alarcón, muertos, segun ya dijimos, cuando nuestro biografiado aún no salía de la niñez. Fué llevado á la casa de su tío materno el Sr. Presbítero D. Guillermo Sanchez de la Barquera, Cura que fué de San Sebastian de Querétaro, despues de Amecameca y por último de Tulancingo, donde permaneció hasta que fué nombrado Canónigo de la Nacional Colegiata de Santa María de Guadalupe.

Comenzó sus primeros estudios en Amecameca, y perfeccionó su instrucción primaria en Tulancingo, donde cursó latinidad, siendo su profesor el muy reputado Presbítero D. Nicolás García de San Vicente. En los años de 1844 á 1846 cursó filosofía en el Seminario Conciliar de México, bajo la acertada dirección del Sr. Presbítero D. Agustin de Jesus Torres, quien despues fué Obispo de Tabasco y más tarde de Tulancingo.

El Ilmo. Sr. Alarcón sustentó exámen público de filosofía en la Nacional y Pontificia Universidad, obteniendo un éxito completo en materia tan delicada. En los años de 1847 á 1850 estudió Teología Dogmática, Escritura Sagrada y Santos Padres, bajo la dirección del Sr. Presbítero D. Ignacio Vera, sufriendo dos actos públicos y mereciendo el primer premio.

En Septiembre de 1852 fué agraciado con la beca de honor en Teología; en 1853 recibió la Sagrada Orden del Subdiaconado á título de una Capellanía fundada por el Ilmo. Sr. Vizarrón; en Diciembre de 1854 se ordenó de Diácono y en Mayo del siguiente año de Presbítero, cantando su primera misa el día 20 del mismo mes y año, en la parroquia de Señor San José, de México, siendo sus padrinos de altar los Sres. Dres. D. Agustín Campoza y D. Juan García Quintana, Caballero de la Real y distinguida Orden de Guadalupe y Canónigo de la insigne Colegiata. De manos lo fueron el Sr. Lic. D. Manuel de Agreda y su hijo D. José María, notable discípulo que fué del cantamisano.

En 1856 recibió el título de Licenciado, obteniendo despues el grado de Doctor en la Universidad, habiendo sido aprobado unánimemente por todo el Claustro de Doctores. En la noche triste, como se llamaba á aquel acto, presentó una magnífica disertación, siendo el primero que sustentó dicho acto, pues á la sazón se habia introducido en el plan de estudios un sistema que era algo pesado para los alumnos.

Tanto la beca de honor como la Capellanía á cuyo

título se ordenó, así como la dotación pecuniaria, fundada tambien por el Ilmo. Sr. Vizarrón, las recibió mediante las respectivas oposiciones literarias que sustentó.

En el mismo año de 1856 fué nombrado por el Ilmo. Sr. Garza, Cura de Querétaro, y dos años despues, abierta una oposición para ocupar una Canonía Magistral en la Colegiata de Guadalupe, tomó parte contra el Dr. Cordero, durando el acto cuatro dias, y habiéndose concedido dicha Canonía al Señor Cordero, se le concedió una de merced al Señor Alarcón.

En Abril de 1862 pasó á ocupar una Prebenda en la Catedral de México, siendo Canónigo de la misma el año de 1868. En 1873 obtuvo la dignidad de Maestrescuela, y en Mayo de 1878 la de Chantre; más tarde la de Arcediano, y por último, como ya lo tenemos dicho, la de Dean, despues de haber servido á la Catedral veinticinco años.

En el Seminario fué Prefecto de estudios, profesor de latinidad, Vice-rector y Rector del Colegio de San Juan de Letrán. Desde 1878 á 1888 desempeñó el cargo de Examinador y perteneció á la Junta de Censura Eclesiástica, haciéndose cargo del gobierno eclesiástico por enfermedad del Sr. Labastida.

A la muerte de tan ilustre Prelado, el Sr. Alarcón pasó á ser, como ya lo hemos dicho, el Vicario Capítular de la Sede vacante, y merced á su talento y constante actividad, la diócesis de México tuvo un apoyo en su desamparo.

Trascurrieron los meses de luto para la Iglesia; la

silla episcopal que tan dignamente ocupara el Ilustrísimo Sr. Labastida, dejando imperecedera memoria por sus buenos hechos en pró del sostenimiento de la Religión, debía ser ocupada por un sucesor en quien se hallaran encarnadas las mismas aptitudes que desplegó el ilustre asistente al Sacro Solio Pontificio. Esa mitra que habían ceñido frentes tan augustas como las del Sr. Posadas y Garduño, Belaunzarán y otras primeras dignidades de la Iglesia mexicana, y el báculo simbólico que empuñaran con mano firme y segura todos los Arzobispos de la Metrópoli, debían pasar al hombre que siguiera fielmente la senda que trazaran esos antiguos pastores de las almas. Pronto el Vaticano decidió al que debía regir en lo futuro los destinos eclesiásticos de México, y el cable submarino nos trajo la feliz noticia de que el Sr. Dr. Alarcón había sido preconizado Arzobispo de México.

Todo el pueblo católico de la República acogió con beneplácito tan acertado nombramiento, y tanto el Clero, como las numerosas relaciones del Sr. Dean, se apresuraron á felicitarle cordialmente. El día 13 de Enero de 1891, cuando el año de viudedad para la Iglesia llegaba á su término, se recibieron las bulas y el pálio que, por conducto del Sr. Angelini, Cónsul de México en Roma y Agente de Negocios Eclesiásticos, enviaba S. S. el Sr. León XIII al nuevo Prelado.

El día 21 del mismo mes y año, el Ilmo. Sr. Dr. D. Próspero María Alarcón tomó posesión del Arzobispado de México en la Santa Iglesia Catedral. Desde

las primeras horas de la mañana, el templo, aunque sin ningún atavío, presentaba un aspecto animoso; multitud de gente recorría sus extensas naves, procurando hacerse sitio por donde debía pasar el nuevo Arzobispo, en tanto que otras personas se agrupaban á la puerta de la Sala de Cabildos, que permaneció cerrada durante el juramento que prestó el Ilustrísimo Sr. Alarcón ante el Sr. Canónigo D. José María Díaz y Vargas, delegado del Sr. Obispo de Puebla, y ante el muy honorable Cabildo.

Terminado este acto, todos los párrocos y demás personas del Clero asistentes, se colocaron cerca de la cruz para esperar la procesión en que fué conducido el Ilmo. Sr. Alarcón hasta ocupar la silla episcopal del coro.

Las tiernas y conmovedoras notas del Te Deum, ejecutado por una orquesta de más de quince profesores, llevaron sus misteriosos acordes por todos los ámbitos del templo, en tanto que todos los espíritus elevaban al Sér Supremo sus fervientes plegarias por la conservación y acierto del nuevo Pastor de la Iglesia mexicana.

Pocos días después el Venerable Cabildo de Nuestra Señora de Guadalupe, presidido por el Sr. Canónigo D. Eulalio Calderón, decano del Clero mexicano, pasó á felicitar al Ilmo. Sr. Alarcón, llevando la palabra en este acto el Sr. Canónigo Dr. D. Fortino H. Vera, quien llenó su cometido en el siguiente discurso:

“Ilmo. y Rmo. Señor:

La suma bondad del respetabilísimo Sr. Presidente del M. I. y V. Cabildo de la Insigne y Nacional Colegiata de Santa María de Guadalupe, me ha honrado confiándome la misión tan difícil para mis fuerzas intelectuales, como dulcísima para mi corazón, de felicitaros en nombre del mismo V. Cabildo por la justicia con que la Santa Sede, gobernada por el hombre más Ilustre de nuestro siglo, el Santísimo León XIII, ha colocado en las sienes de V. S. Ilma. y Rma. la Sagrada Mitra que sobre su frente llevan los Zumárraga, Montúfar, Moya y Contreras, Lorenzana, Haro y Peralta, Posada, Garza y Labastida.

Penosos son, Señor Ilmo. y Rmo., los tiempos que la Santa y Sábia Providencia os señala para dirigir la nave de la Santa Iglesia Mexicana: es indudable que tendreis tormentas réticas que conjurar, escollos que despedazar con vuestro báculo pastoral y espinas dulcísimas que sangrarán vuestras plantas; pero el V. Cabildo de la Colegiata de Guadalupe, firmísimamente cree y espera de la alta sabiduría de V. S. Ilma. y Rma. que vencereis todos esos obstáculos, todos esos tormentos y todas esas dificultades, y que, como insigne Apóstol del Catolicismo llegareis al fin de vuestro Pontificado con el lábaro de Nuestro Redentor Jesus, empuñado virilmente en vuestras manos consagradas.

A este fin, nosotros que diariamente tenemos la dicha de elevar nuestras plegarias á la siempre Dulcísima Virgen del Tepeyac, Madre amorosa de los mexicanos, le pediremos fervorosamente alcance de su

Hijo Divino para V. S. Ilma. y Rma. cuantos dones y gracias sean necesarios en el gobierno de la Arquidiócesis Mexicana.

Nuestras humildes oraciones cerca de la Reina de los Angeles, acerca del auxilio de los cristianos, son la ofrenda que el Cabildo de Guadalupe presenta hoy á Su Ilmo. y Venerable Prelado.

Aceptadla, pues, señor, como una muestra de nuestro profundísimo amor, obediencia y respeto á V. S. Ilma. y Rma.”

Cumplióse el plazo prevenido por el Consistorio de Trento, para que la diócesis de México tuviese nuevo pastor, y comenzaron los preparativos para el acto solemne de la consagración, ceremonia augusta que por algun tiempo no se habia celebrado ante el ara sacrosanta de la Basílica mexicana.

Allí mismo, donde el pueblo católico se congrega el memorable 8 de Diciembre de 1890, para dar gracias al Altísimo porque habia concedido al más ilustre de sus prelados llegar á los cincuenta años de su sacerdocio; donde no há mucho flameaban los cirios de una tumba donde descansaba el cuerpo de aquel dignísimo Arzobispo, honra y blasón de la iglesia mexicana, allí se ostentaba toda la magnificencia de las grandes solemnidades: lujosas colgaduras vistiendo todas las columnas del templo, múltiples gallardetes sobre los candiles y pendiendo á cortos intervalos, de las extensas bóvedas, y allí, en el altar mayor, un sin número de cirios que cintilaban en vistosos y ricos candeleros.

Una inmensa muchedumbre invadió las naves de la iglesia, desde las primeras horas de la mañana del día 7 de Febrero de 1892, y entre aquella numerosa concurrencia veíase lo más selecto de la sociedad, ocupando lugares distinguidos.

El Cabildo Metropolitano de México, y el de la Colegiata de Guadalupe se hallaban representados dignamente y ocupando sus respectivos asientos; tanto en el prebiterio como al lado de la cruz, veíanse personajes muy ilustres del Clero en todas dignidades.

No siendo la índole de nuestra obra dar una crónica detallada de la ceremonia, la pasamos por alto, bastándonos con decir, que todos los asistentes á ella dejaron el templo profundamente conmovidos de aquel acto, despues de haber pedido al Cielo la protección para el sacerdote, en quien el representante de Jesucristo habia ya fiado el gobierno apostólico.

Elocuentes y por demas expresivos estuvieron los brindis que á la hora del banquete, el consagrante actual, Obispo de San Luis Potosí, Ilmo. Sr. Dr. D. Ignacio Montes de Oca, y Sres. Lics. Ignacio Mariscal, Ministro de Relaciones Exteriores, D. Joaquin Obregón, padrino del consagrado, Manuel Romero Rubio, Secretario de Gobernación, el Sr. General D. Hermenegildo Carrillo, Comandante Militar de la plaza, y D. Francisco Suinaga, otro de los padrinos, pronunciaron. El Ilmo. Sr. Alarcón contestó á ellos, en términos bastantes halagadores para las personas del Clero y para todos sus diocesanos, y cada acento que salia de los labios del ya ungido del Señor, era un nuevo augurio

para la preponderancia que al amparo de tan digno Prelado alcanzará la iglesia católica de México.

Restáanos, para dar fin á este nuestro primer artículo biográfico, hacer voto por la salud del nuevo Arzobispo de México, y unir nuestras felicitaciones al Clero en general y á todos aquellos que componen la Iglesia católica de nuestra cara patria. ¡Que el Cielo se digne inspirar al Ilmo. Sr. Alarcón! y la Metrópoli tendrá un digno sucesor de Monseñor Labastida.